República de El Salvador — América Central — Año 2º

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo I — San Salvador, Domingo 3 de Marzo de 1895 — Num 20.

Redactores y Propietarios: *Arturo A. Ambrogi* — *Victor Jerez*

Secretario de Redaccion: *J. Antonio Solórzano*

A Angelita Orellana

Tierno capullo de rosa thé, nardo que abre su broche de nieve al clarear de un día de primavera: eso eres tú, chicuela deliciosa. La estrofa primera y cautivante de un poema erótico que se transforma en mujer.

Eres pálida, como una musa pequeñuela que inspirase á Robin Buen Chico versos de amor: madrigales á los claveles, acrósticos á las señoritas mariposas, rondeles á las violetas.

Eres pálida, porque las rosas de thé son pálidas, porque pálidos son también los azahares que en Mayo llevan las niñas al altar de María y pálido el languidecer de las tardes del dorado Otoño.

Linda! Vivaracha! ¡Pájaro sin alas que Dios ha soltado de su pajarera de alambres de oro! Que siempre te acaricie el aura perfumada de la dicha y que rime eternamente á tu oído una deliciosa melodía.

Conde Paúl

Enrique Gómez Carrillo

(Viendo su retrato pintado por Casals.)

Ojos llenos de vaga poesía,
cual los de un ángel del celeste coro,
obscura cabellera y tez de moro
tostada por el sol del mediodía.

Prosador de brillante fantasía
brotan las frases de su pluma de oro,
como las aguas de un raudal sonoro,
cubriertas de irrisada pedrería.

Yo nunca lo veré, pero le amo,
y en los instantes de dolor le llamo
queriendo echar mis brazos á su cuello.

Porque sé que en su espíritu atesora
la pureza de un alma soñadora
y el amor insaciable de lo bello.

Julián del Casal.

El día de ceniza

El Duque Job, en una de sus crónicas siempre llenas de ideas hermosas y de frases nuevas os habló, señoras mías, de esta festividad que nos trae una honda tristeza, de este miércoles que llega con el vestido amarillo de los lunes; pero como algo debe decirse del día en que termina el regocijo, para dejar libre espacio á las aves negras de la desesperanza, van estas líneas á que algún oficiante les ponga la ceniza.

Este día, como el día en que vamos al cementerio á visitar á los que se fueron primero que nosotros, nos hace recordar las blancas tumbas que llevan epitafios de doradas letras.

¿Para qué vamos al templo á pedir ceniza, cuando el ala del tiempo nos la arroja á puñados?

Bien se comprende que en polvo nos hemos de convertir. ¿Qué fué de aquella flor, recibida con viva emoción, conservada con religioso respeto? En polvo se convirtió. Y estas otras flores—las de nuestra juventud—van cayendo á impulso de fuerza que no se puede contrarrestar.

Con paso apresurado se marcha, quedan en las zarzas del camino muchos dolientes recuerdos, vagas y sentidas melancolías.

¡Cuán lejos está aquel tiempo! Todo se ha ido! Qué dicha si se pudiera perder la memoria y arrojar muchas cosas, como se hace con la pluma que se desgasta y con el papel que se mancha!

Si se pudiera arrojar ceniza sobre las que dañan, sobre las que sufren; si hubiera algún oficiante que lograra traer á las almas las aguas del eterno olvido, la humanidad ocurriría en tropel en busca de remedio.

Las notas que mueren en la extensiòn lejana, el perfume que se va en los giros caprichosos del viento, la luz que se extingue en el altar de la esperanza, ahí dejan un montón de ceniza. Nuestra inquietud, el ansia de llegar á las cimas del deseo, la vida que se escapa á cada golpe del corazón, también ofrecen su montón de ceniza.

Lleva manto de color de ceniza la musa de los primeros años, que trajo los versos olorosos como flores frescas, la cesta de fragantes botones, la copa de riquísimas esencias.

Hoy sienten frío las almas, reina el silencio en los campos, el toque de la campana rompe á

vagar y una mano invisible deja profundos surcos en la frente.

Creo que á cada individuo debieran ponerle en la frente la ceniza de las esperanzas que vió morir. En eso habría un símbolo admirable.

El niño llevaría sobre la frente la ceniza de la corona de azahares de su primera comunión, el hombre llevaría al fuego purificador las flores marchitas que besadas por rojos labios se conservaron tanto tiempo, el listón que arrancaran al acaso una ráfaga de viento, el papel perfumado donde vinieron las primeras palabras de afecto, que nos trajeron las más dulces impresiones.

La época actual ha ganado en sabiduría y ha perdido en sentimiento. Se lleva incienso á los altares de Shopenhauer y de Leopardi. Aumenta el número de suicidas, y estos desertores de la vida han caído antes en los abismos de la duda que todo lo mata, han creído que nada habrá para aliviar sus dolores y que seguir viviendo sería seguir peregrinando entre ansiedades y luchas.

El tiempo es llama que lo consume todo; la desatentada ambición, el necio orgullo, se van por el camino de la muerte. El espíritu necesita de una higiene particular, hay algo en el ambiente social que daña á la generalidad. El arte y la novela han participado del contagio, sin olvidar la preocupación de que todo tiempo pasado fué mejor.

Es hoy el tiempo en que se vive más de prisa como deseando que el cansancio llegue más pronto. La enfermedad de la civilización moderna es el hastío. El progreso tiene su Prometeo: la duda.

Eso que ilumina deja cenizas, acaba con las energías y conduce á la quietud fatalista. Hoy es cuando más se cumple lo que decía la Galigay que le daba la victoria: el ascendiente que todo espíritu superior tiene sobre otro débil.

En este día de ceniza en que tocan á tristeza en las almas, se exclama con el poeta: "y la muerte, la pálida, ¡qué lejos!" Miguel Angel agobiado por intensos pesares, escribía: "nada más placentero que no ver ni sentir."

LOHENGRIN.

Juan Strauss

Viena, la aristocrática ciudad del águila de hierro, acaba de celebrar el 70° aniversario del nacimiento de Juan Strauss, el aplaudido walsista.

Strauss! ¿Quién de vosotras no le conoce, señoritas? ¿Quién de vosotras no se ha sentido arrullada por esas bandadas de notas? Creo que todas. Todas habéis gozado con esa música exquisita, todas habéis abierto vuestro corazón, como una rosa de carmín su breve broche de pétalos, para recibir ese fresco baño de rocío......

Un wals de Strauss!......

En el vasto salón deslumbrante, ríe la Alegría, el Goce desencadena á su cuello sus sartas de cascabeles y repica, como en las nupcias de las rosas. ¡Oh! Las parejas se deslizan suavemente, sobre la rusia inmaculada, sembrada de lentejuelas. Y la orquesta, oculta entre sus macetas de flores y arbustos exóticos, toca un wals. Gimen los violoncelos, cantan los violines. Es "El bello Danuvio azul", es, la alegría, el amor, cantivos en el pentagrama. Un madrigal sutil, una estrofa impalpable.

Strauss ha sido, con motivo de su jubileo, enormemente agazajado. Ha recibido el monarca del arte, el tributo de los monarcas de la sangre.

Entre todos los regalos, ninguno tan valioso como un álbum de autógrafas. Allí hay cosas valiosísimas. Entre ellas figuran muchas de aplaudidos y famosos autores franceses. Francia, ha llevado sus rosas al altar del maestro, que por ella tiene una viva pasión.

Marcel Prevost, el delicioso, ha dejado en el perfumado cofre de laka de esos recuerdos, un clavel picarezco:

"El wals de Juan Strauss es una mujer; de mujer tiene toda la gracia insinuante, el humor tornadizo, que al mismo tiempo ríe y llora, los caprichos rápidos, y los cambios imprevistos. Cada wals de Strauss, tiene el alma de una mujer."

El maestro, el *romanseur* de las elegantes, no ha andado errado. Lleva sobra de razón.

Pienso yo lo mismo que él, respecto á eso que podemos llamar la *femenibilidad* del wals de Strauss. Tiene ese lindo wals alma de mujer, tiene esa fuerza cautivante de unos ojos negros, el despotismo dulce de unos labios rojos y de un piesecito breve que calza zapatito de seda blanca, que al descuido y con malicia y coquetería estudiada, oprime el vuestro. ¡Oh! escuchando un wals de Strauss doy rienda suelta á mi fantasía. Dejo que corretee á su antojo, no la riño. Dejo que se vaya muy lejos, á desconocidos jardines y que corte rosas estrambóticas, lirios azules y raros. No le cierro el balcón, le apago la bujía y le digo, con aire afectado de mando: "¡tú no saldrás ahora, vagabunda!" No. Cuando menos lo pienso salta á fuera, y se va, sin que pueda obligarle á que se quede en casa, á saltitos, como un gorrión que tomase sol y juguetease sobre un alero después de una breve, rápida lluvia otoñal. Yo quedo cautivo. Quedo á los antojos de una deidad ideal, de esa que impregna con su aliento todos los walses de Strauss. Me encadenan esos brazos de los cuales no puedo desprenderme.

Y para vosotras, señoritas que fijáis vuestros lindos ojos en esta revista escrita al correr del lápiz, Madame Ane Judic, la graciosa *chanteusse* parisiense, ha dejado, prendido, un pensamiento lindo. Es para vosotras:

"No es verdadera la mujer que no ama verdaderamente el baile: no ama verdaderamente el baile, la que no gusta del wals; y no gusta verdaderamente del wals, la que no adora á Juan Strauss."

Lo amáis, señoritas. Yo se lo digo á Madame Judic, en vuestra defensa. Sois verdaderas mujeres, porque amáis el baile, porque amáis el wals, porque amáis á Strauss, "el rey." Más aún: lo amáis exageradamente. ¿No es verdad? Amáis el wals como amáis á vuestro novio, como

amáis vuestras flores, vuestros pájaros, vuestros trajes de seda......

Alphonse Daudet, François Coppée, la deliciosa y sutil Gip, Sara Bernhard, Ivette Guilbert, Victoriano Sardou, Dumas [*fils*], Zola y otros más han dejado su ofrenda ante el maestro. Han llevado sus flores de homenaje.

Y para concluir, copió el párrafo que en el álbum ha dejado el notable novelista Alphonse Daudet. Quiere que se haga una petición general al buen Dios para que conserve la vida del rey del wals. Yo me adhiero á ella y vosotras también, lectoras.

"Los músicos tales como Juan Strauss, son los barqueros de la humanidad. Para pagarles sus fatigas,—pues el niño es pesado y corre en su barca como un ánade,—sería preciso obtener un aumento de existencia, que la vida es todavía lo que los hombres prefieren. Yo propongo una petición general al buen Dios, en ese sentido, á favor del que ha escrito el "*Bello Danubio Azul*", el wals inimitable; y pido poner mi firma á la cabeza de la lista."

CONDE PAÚL.

Preludio Gris

Como reina viuda, su crespón inmenso
la enlutada noche por el cielo extiende;
y la luna, enferma, tras del velo denso
de pluviales nubes, de la mar asciende.

Sobre la baranda del balcón marmóreo
reclinado, sólo, el poeta medita;
mientras sus cabellos el viento hiperbóreo
con sus recias alas sollozando agita.

Su flotante clámide al lejos la bruma
desenvuelve en vagos, nostálgicos limbos;
y fosforescente, vibrátil, la espuma
nimba el oleaje con argénteos nimbos.

Febril el poeta siente en la cabeza
de insomne neurósis la caricia cálida;
é imprime en su alma la musa Tristeza
el doliente beso de su boca pálida.

Y sombríos versos su cerebro labra,
donde las ideas simulan espectros
que bailasen danza trágica, macabra,
al compás de extraños y siniestros plectros.

¡Ah la alegre musa de las ilusiones
que el cerebro enflora con azules sueños!
ella ya no ritma triunfantes canciones!
ya no pinta cuadros de tintes risueños!

Ya, oh triste poeta de los versos negros,
ante los altares del amor no invocas
el bendito beso de dulces alegros,
que unía á dos almas al unir dos bocas!....

. . . .

La enlutada avanza; y al balcón marmóreo
solitario, insomne, el poeta medita;
mientras sus cabellos el viento hiperbóreo
con sus recias alas sollozando agita.

DARÍO HERRERA

Ernest Reynaud

Cuando Paul Verlaine hubo publicado sus cuatro libros esenciales, varios poetas jóvenes buscaron en ellos la nueva ruta de Damasco. Unos creyeron encontrarla en la inquietud majestuosa de *Poemas Saturnianos:* esos fueron los "neo-parnasistas"; otros en el ardor inefable de *Cordura:* esos fueron los "místicos", y otros en la fantasía contradictoria de *Paralelamente:* esos fueron los "sacrílegos". Sólo las *Fiestas galantes* quedaban aún sin imitadores, y ya la crítica comenzaba á decir que la perversidad encantadora del Gran Sacerdote moderno no podría nunca encontrar rapsodas hábiles, cuando un amigo de Maurice Du Plessys y de Anatole Baju dió á luz un libro de versos cuyo título hizo, desde luego, pensar en el artista de *Claro de luna* y de *Citeres*.

El libro se llama *Los cuernos del Fauno*. Su autor: Ernest Reynaud.

***

El "fauno", de Ernest Reynaud, no es el adolescente perezoso, reflexionador y metafísico, que sueña con ninfas invisibles en las llanuras sagradas de Mallarmé, sino la divinidad ágil, irónica, tierna y casi obscena, que sonríe en los zócalos de mármol griego, mientras Dafnis y Cloe ponen en práctica las lecciones del viejo hortelano, que corre en los cuadros de Watteau detrás de las marquesas empolvadas, y que se pasma entre los versos de *Coquillages* contemplando la forma sugestiva de algunas conchas marinas. Él no sabe filosofía, y dice:

"Quiero glorificar á esas ninfas; tan claros son sus encarnados ligeros que flotan en el aire, adormecido por ensueños frondosos. ¿Amaba yo un ensueño? Mi duda, unión de noches antiguas, acaba en varias ramas sutiles que, siendo los verdaderos bosques, prueban ¡ah! que yo sólo me ofrecía para triunfar la falta ideal de las rosas....."

Su ignorancia no percibe la diferencia que hay entre el mundo interior y el mundo exterior, y, en realidad, ni siquiera sabe lo que es el mundo; pero sabe otras muchas cosas, y es delicioso. Cuando salta por los matorrales de un parque, siguiendo, con el olfato, la huella de las visiones carnales, parece un efebo primitivo, y cuando dice sus inquietudes juveniles, hace pensar en un

eco de flautas áticas, tocadas por artistas sutiles del siglo XVIII.

***

Reynaud, como Verlaine, ha sabido mezclar de una manera exquisita el naturalismo de las faunalias griegas y la artificiosidad de las fiestas á lo Luis XV, para hacer, con esos dos elementos opuestos, una quinta esencia poética que huele á tomillo y á polvos de arroz. Sus ninfas son porcelanas de Sévres animadas por Praxisteles. Sus escenarios rústicos producen la impresión de un jardín del Olimpo, cuyo propietario fuese Francisco Boucher. La luz que ilumina sus creaciones no tiene de helénico sino la brillantez, porque en realidad procede de un cielo pálido y tibio, del cielo de la Isla de Francia.

Ved, por ejemplo, este paisaje de acuarela, lleno de melancolía, lleno de gracia, cubierto de claridades autumnales, é impregnado de perfumes enervantes:

"A la hora en que el cielo que va á morir se tiñe de oro ligero, el antiguo parque cuyos sitios comienzan á ablandarse no tiene más emoción en el flujo y reflujo doliente en las cosas, que el ruido de una hora que suena á lo lejos. Al borde del lago exánime, en flores de jacinto, un templo en donde el amor de yeso ya no existe, se entristece [¡él cuya gloria llegó á la cúspide!] de que los tiempos hayan cambiado tan luego. Cerca, bajo unos árboles bajos que se destiñen, un fauno, niño bastante enfermiso, se inclina aún bajando el labio que besó la flauta de madera. Viendo que el día por completo lo abandona, el templo, con su fría imagen en el agua, se hunde más profundamente en su tristeza."

....Sin duda esto es pagano, moderno, artificial y decadente por la forma; pero también es algo más en el fondo; algo más, que es eso mismo combinado, fundido, fermentado, lleno de gusto original, cubierto de vapores misteriosos, hecho vino nuevo, en fin, y substancia rara.

***

Otras de las cualidades del fauno de Reynaud, es la "humanidad." Él no ríe siempre á imitación de los faunos de los bajos relieves, ni corre sin descanso como los semidioses de las aguas fuertes, sino que cambia de vidas, de aficiones y de costumbres, lo mismo que el hombre verdadero. ¿Será esto un símbolo por medio del cual el poeta haya querido presentarnos un microcosmos artístico del universo del amor? Yo creo que sí, y hasta me atrevo á ver en las metamórfosis del caprípede una leyenda secular que contiene el doble cuadro de las almas que se consagran al goce. Primero los deseos, las ansias, la carcajada y el triunfo; luego el cansancio, la nostalgia, los dolores y las lágrimas.

***

Ya que hemos oído el fauno durante su primera época, cuando aun no sabía más que recorrer los senderos floridos cantando himnos de lujuria instintiva, oigámosle de nuevo á la entrada de la decrepitud.

Está más pálido. Ya no salta. Ya no grita. Sus labios parecen menos sensuales. Sus piernas son menos ágiles. En sus pupilas no brilla el fuego ligero é irónico de antaño.... A primera vista casi no parece el mismo.—Habla así:

"Yo fuí durante largo tiempo un fauno habitador del follaje, que viví entre flores en un parque abandonado, en donde espiaba con mis ojos de mármol, siempre en admiración, el vuelo de alguna ardilla frágil ó de una nube—.....Cuando yo abdicaba de ti ¡oh Eudoro! era para, en el claro de luna en que se desangra una mándora, asumir la palidez de tu Cimodocea. Otras veces con la piel hormigueante de lujurias, también me entretenía con la flor de Carmen, pegada al oro de mis heridas."

La voz es triste, pero es la misma. ¡Pobre fauno!.... Su cuerpo ha cambiado; su vigor ha muerto y su alegría está agonizando. Lo que no cambia nunca, es su alma ligera é instintiva, su carácter franco, su sinceridad ingenua, su gracia obscena, lo suyo, en fin, lo que sólo á él le pertenece y lo que ninguno de sus hermanos literarios tiene: la vida.

Enrique Gómez Carrillo.

Junto al Rhin

Junto al Rhin, el viejo río,
El río de las leyendas,
Un castillo silencioso
Alza sus torres de piedra,
Del Señor de la comarca
La sombría fortaleza.

La niña de ojos azules,
De rizada cabellera,
De tez de nieve y de grana,
Casto ideal del poeta,
La que mis sueños tranquilos
Cruza vaporosa, aérea
Cual Holda cruza el espacio
En noche de primavera,
La adorada de mi vida
Que me ha jurado fe eterna,
Allí vive, para el mundo
Escondida su belleza.

Cuando las luces se apagan
En las sombrías almenas
Y el castillo está embosado
En su manto de tinieblas,
Llego vestido de paje
A la marmórea escalera
Donde me aguarda mi amada,
La niña de rizas trenzas,
La de los ojos azules

Que me ha jurado fe eterna;
Y el paseo comenzamos
De brazo por la alameda;
Y *ella* al oído me dice,
Con voz apagada y trémula,
En mi hombro, pensativa,
Reclinada la cabeza,
Lo que ha soñado en sus noches,
Sus imposibles quimeras,
Las ternuras de su alma,
Sus recónditas tristezas;
Y yo soñador, le narro
Cuentos de hermosas princesas
Enamoradas de pajes
Que han muerto de amor por ellas;
Y al decirle mis dolores,
Mis sueños y mis ternezas,
Melancólica me mira,
Llora, y las manos me estrecha.

Y cuando en el cielo pálido
Muriendo van las estrellas,
La dejo en la escalinata
Y repaso la alameda,
Cabizbajo recordando,
Lo que olvidé junto á *ella*,
Lo que pensaba decirle:
Más sueños y más promezas.

Y cruzo el Rhin en mi barca....
Y en tanto en las ondas crespas
Juegan con la blanca espuma
Las hadas de las leyendas.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

¡Levántate, haragàn!

Era noche buena.

Escribía, y las vidrieras del balcón estaban entreabiertas. Corría la pluma sobre el papel, rápidamente, produciendo los gavilanes, al rozar, un "crac....crac....crac!", como zumbido, á la sordina, de una avispa que estuviese oculta entre los libros de la mesa y celebrase ella también su noche buena, tarareando su villansico. Hacía un frio punzante, agradable, que mordía, con zalamería, las manos y las mejillas, que iba al oído, como para decir un secreto, y me daba un fuerte piquetazo.

Fuera: reinaba la alegría. Las campanas de los templos repicaban alegremente. Había concluido la misa del gallo, y las gentes, en grupos, á la desbandada, se iban, cada cual, á sus casas, donde les esperaba, puesta en la mesa, la cena suculenta. Oleadas de risas joviales, llegaban con las rachas ténues de un vientecito de hielo.

Y escribía......

Abajo, los compañeros estaban ya al derredor de la mesa. Lo adivinaba yo, por la algazara y ruido que producían. Casi advertía el chorro de los vasos, casi me parecía que olía el vino tinto.... Al pavo relleno le harían, de seguro, un fuerte ataque. Las chuletas de carnero, valdrían la pena, por lo sabrosas.... Y luego, á cada momento, el ruido que producía el vino al desbordarse de la botella al vaso, y del vaso al estómago del "señor"......

Pensaba así, me formaba á mis antojos un cuadro de noche buena, cuando sentí que golpeaban el cristal y que una voz muy suave, muy lejana, pronunció mi nombre. Me asusté. Solté la pluma, que al caer espingorroteó de tinta el pliego, y corrí al balcón. No vi nada. Las calles iban quedándose silenciosas. Toda la gente, que momentos antes, correteaba por las calles, estaban ya en casa, sentados á la mesa, cenando alegremente. ¡Y sólo yo no tenía noche buena!

No viendo nada, cerré los cristales y me senté de nuevo á la mesa. Tomé la pluma, é intenté continuar la tarea interrumpida. Era un cuento, una página que había ofrecido á un periodista amigo para su "aguinaldo" de año nuevo. Irían por él muy de mañanita. Luché en vano. Mi fantasía se encaprichaba en no continuar dando forma, dando vida á la página principiada.

No pudiendo escribir, tomé un libro, para entretenerme un rato y luego irme á la cama. Pero nada: ni así. Aquella voz que pronunció mi nombre tan levemente, como el chasquido de un beso á hurtadillas de los "papás", me preocupaba. ¿Qué será? Yo trataba de explicármelo de mil modos, á mi manera....Debe ser el viento.... Pero: ¿y el viento?.... ¿para qué llamarme? Tal vez el rumor del follaje...... Tal vez......

Arrojé el libro y me acosté. Dí un soplido á la vela y me quedé en lo obscuro. Abajo seguía el ruido: ya me era más claro todo. Oía las voces, los gritos, las risas de mujer.... "Jeanée! Toma champagne!". "¡Está rico el pudín!" "¿Tómas chartreuse, Eilo?".... ¡Y qué más! Envidiaba á mis compañeros y casi estuve á punto de hacer luz, vestirme é ir á juntarme con ellos, á la sobremesa, á saborear un trozo de pudín y beber una copa de champagne, que pone ante nuestros ojos un velo de oro impalpable.

Intentaba conciliar el sueño y no podía. Mi imaginación bagaba á su antojo: salía de su jaula y se iba de paseo. Iba al campo, iba entre flores y entre pájaros, á recordar historias pasadas.... ¡Oh! Al fin logré aletargarme. El sueño venía ya, casi tocaba mis párpados para cerrarlos, como la mano caritativa del compañero cierra los ojos del pobre amigo que acaba de morir.

De pronto.... Un nuevo golpe en el cristal y una voz, ¡oh!, más fuerte que la anterior, que me dijo: "Levántate haragán. Id á cenar!" ¡Ah! ¡Como me cojió un gran miedo! ¡Mi cuerpo fué presa de un escalofrío! ¡Como que conocía esa voz! ¡Cómo que ya la había oído más de alguna vez! Me arropé bien y, tembloroso, masculle una oración á la Virgen, encomendándome. Mientras rezaba sentí que álguien empujaba la ventana, como queriendo entrar. Mi miedo no tuvo ya límites. Cerré fuertemente los párpados, y cubierto, bien arropado entre las colchas, me puse á escuchar..... Habían logrado abrir el balcón! Hice un esfuerzo de

voluntad. ¿Serían ladrones? Saqué la cabeza, abrí los ojos y ví el balcón. Estaba cerrado, tan bien cerrado como yo lo había dejado momentos antes. "¿Qué será esto, Dios mío?"

Abajo el ruido y animación habían concluido. Ya no oía ni voces, ni gritos, ni risas. Habían acabado de cenar. Se habían ido quizá á amanecer, correteando por las calles, con las muchachas colgadas del brazo, como parejas de novios felices.

Con más miedo que nunca me acosté de nuevo, dispuesto á dormirme, esperando..... Al momento, sentí que de nuevo habían abierto el balcón....Sentí pasos, suspiros ahogados y luego..... Alguien que se sentaba en mi silla, que cojía mi pluma, que escribía. Sentía el ruido de la pluma que galopaba sobre el papel. Y luego, el ruido de un fósforo que se enciende y el chupete dado á un cigarro.... ¡Dios mío! ¡Qué cosa más terrible! Abrieron el grueso Diccionario y luego lo cerraron. Habrán consultado algo.

Así pasé toda la noche en vela, sintiendo mil ruidos.... Hasta que, á Dios gracias, logré medio dormirme; pero, de pronto me despertaron los pasos en la escalera y la voz de un amigo vecino que decía: "¡por aquí, Zuzette! ¡Por aquí!" ¡Ah! Era ya de madrugada. Desarropé mi cabeza y ví que la luz entraba ya por las rendijas del balcón y de la puerta. Me lancé de la cama y corrí á abrir el balcón, que estaba con aldaba y tranca, y luego á la mesa. ¿Qué habrían escrito allí? Nada. Las cuartillas estaban tal como yo las había dejado, la pluma recostada en la boca del tintero. ¡Todo igual! ¿Y luego? ¿Ese ruido de como que escribían? Me acordé de que habían encendido un cigarro, y busqué la colilla. Nada!

Tenía un vago presentimiento. Yo soy supersticioso. Llegué á creer que alguno de mi familia se había muerto y había venido á despedirse de mí.

Esperé.

Tomando café estaba, con los compañeros de casa, cuando el cartero me dió un telegrama. ¡Aquí está la resolución! Lo abrí rápidamente, y al desdoblar el papel azul leí: "El abuelito murió anoche á las 12 y tres cuartos." ¡Ah! Mamá me comunicaba la noticia. ¡Y á las mismas horas en que sentí, por vez primera que me llamaban en el balcón! ¡Oh!

Y en mi mente revoloteó torpemente, como mariposa negra, aquella frase, dicha con voz moribunda:

"¡Levántate haragán! Anda á cenar!"

¡Qué alegre noche buena!

ARTURO A. AMBROGI.

Redimiéndose

El lívido tono de agóricas luces,
que lánguidas miran la bóveda triste,
de grises presagios la mente reviste
y evoca tormentos sufridos en cruces.

Funerarias sombras, con sendos capuces,
los ángulos pueblan, y el ara resiste
la imágen de un Cristo de piedra que asiste
á ver á los frailes ponerse de bruces.

Salmodia vibrátil, rápida se eleva:
es gama que á un mundo mirífico lleva
preludios que emergen aroma claustral;

Y luego se calan su negra capucha
los frailes que viven en mística lucha,
como almas que esperan el Juicio Final.

DOMINGO MARTÍNEZ LUJÁN

Lima:—1894.

Pétalos

Y es el caso que desde aquel entonces jamás he podido arrancar de mi memoria el casto recuerdo de mi amada Erisahú. Aquel beso tan largo y armonioso, tan apretado y ardiente, aun lo siento que trasciende á mi alma con toda la mística pureza que despiden la mirra y el incienso. Su roja boca húmeda no fue hecha para el ósculo lascivo. ¡Oh virgen, la más pura, salve!... Salve, salve, ¡oh mi púdica inmortal!

Siempre fue blanco el color de su túnica ligera; siempre amó la blancura del lirio y fue su confidente la fresca azucena de los valles. No sé por qué se me antoja creer que aun somos la niña y el párvulo inocentes; que aun canta Mayo en nuestras almas y florece la santa oración en nuestros labios. ¡Oh *Virgen blanca*, la del altar radioso! Cómo eras bella entonces! Cómo me arrodillé dentro de mí y oré largo rato porque tú me amaras siempre...... Ruega á la *Virgen blanca* porque no nos deje nunca:—me decía la dulce amada de mi alma, apoyando en mi hombro su tibia cabeza perfumada.

Pero ¡oh Virgen! siempre blanca, radiosa é inmutable, tú eres cruel.... Erisahú me dijo después que no te amara.... Tú no has llorado nunca y sí has reído demasiado; tú eres reina y yo no debo ser tu esclavo....

***

No, no he podido olvidarlo todavía!

La última noche de Mayo sorprendiónos sentados á la ventana de su alcoba. ¡Cuánto habíamos hablado y cuánto esperábamos decirnos!.... Unas frías ráfagas de luz bañaban nuestros cuerpos. La luna, redonda y opalina, resplandecía sobre un fondo de purísimo turquí; las áuras traían, cantando su eterno ritornelo, algo de las rosas doncellas y de los jóvenes lirios que se abrían.

—¡Ay de las almas tristes que viven allá lejos!—murmuró Erisahú; y con un dejo rebosante de infinitas y tiernas melodías continuó diciéndome en voz trémula y baja:—Cuando yo muera, sí,

cuando yo muera seré una estrella blanca. ¿Lo oyes?.... Y entonces ¡oh mi adorado poeta de las nieves! entonces sólo sabrás de mí cuando baje á besarte un rayito de luz pálida. ¿No es cierto que las estrellas son almas blancas que no han dejado de amar nunca?

....

Aquella fría noche hubo resplandores de cirios en mis sueños, olor á flores viejas y rumores de eternas despedidas......

***

Erisahú, Erisahú desciende!

Quiero volverte á ver como te había soñado un día: toda blanca, impalpable, sutil y vaporosa; toda tímida y muda, juntas las breves manecitas sobre el cándido pecho palpitante y vuelta hacia abajo la dócil cabeza pensativa.

Estoy en el retiro de mi alma; ven! Ya quiero verte llegar á mí con el nimbo de luz rósea sobre la tersa frente inmaculada. Erisahú, Erisahú, te espero!............

ADOLFO GARCA.

Frontón

EL DIOS PAN.

(*Para el álbum de Virginia Ambrogi.*)

Es la Tesalia florida y alegre. Mil mariposas de ropajes orientales giran ebrias y voluptuosas en torno á las campánulas rebosantes de néctar á manera de repletas ánforas de orgía. Por todas partes trasuda la selva, el vaho delicioso de la vida exhuberante. Como racimos de labios henchidos de besos cuelgan las cerezas de copudos árboles y cada brisa, cada armonía vibrátil y fugitiva arranca un ósculo de perfume á la tentadora fruta. Por los claros del ramaje penetran las luminosas miradas del padre Febo y á la caricia de luz, el césped se alegra, las rosas se ruborizan como púdicas doncellas á los halagos de un mancebo atrevido y en las ámplias hojas del nenúfar resalta su musculatura complicada como la de un brazo de atleta.....

Allí está el Dios pastoril enmedio de las flores y las mariposas, abstraído en la música de su flauta típica. Los antílopes, de cuyos cuernos se hacen cítaras, pasaban veloces y elegantes, pero al oír al dios se detienen á escucharle;—las libadoras abejas acallan el zumbido de sus alas sutiles y, prendidas á los pétalos de las flores, siguen atentamente la melodía divina;—detrás de cada árbol y entre las grietas de los troncos añosos, asoman sus cabezas, conmovidas y sonrientes, las dríadas, coronadas con verdes hojas de encina;—nubes de silfos vagaban entre las arboledas, pero impresionadas detenían su traviesa charla y cabalgando en las espadañas y en las hojas espigadas que se doblaban con el peso de sus diminutos cuerpecillos—rodeaban atentos y formales al dios músico.

El dios, sereno é impasible, sentado sobre una piedra—montadas una sobre otra, sus piernas peludas de macho cabrío, nada ve; en su abstraimiento artístico, toca, toca......

De pronto un silfo travieso arroja un puñado de tierra dentro de los canutillos de la flauta y ¡horror! La melodía se descompone—se rompe—se hace chillona—ronca—asmática—las notas se resquebrajan agonizantes y el divino encanto se deshace. Sale un rugido de cólera de los labios del dios. Las dríadas huyen asustadas con la cabellera suelta, por las penumbras del bosque—las flores cierran su broche perfumado—los antílopes medrosos huyen luciendo sus torneados correjones desplegados en una carrera vertiginosa—las abejas zumbadoras é irritadas se alejan y mientras Pan furioso é iracundo arroja su flauta contra el suelo, se escucha en los linderos de la selva la carcajada infantil de los silfos que huyen extremeciéndoseles los cuerpecillos, al volar, con las convulsiones nerviosas de una risa picarezca é inextinguible......

CLEMENTE PALMA.

Lima—1894.

Estancias

Este es el muro, y en la ventana,
Que tiene un marco de enredadera,
Dejé mis versos una mañana,
Una mañana de primavera.

Dejé mis versos en que decía
Con frase ingenua cuitas de amores;
Dejè mis versos que al otro día
Su blanca mano pagó con flores.

Este es el huerto, y en la arboleada,
En aquel sitio de aquel sendero,
Ella me dijo con voz muy queda:
"Tú no comprendes lo que te quiero!"

Junto á las tapias de aquel molino,
Bajo la sombra de aquellas vides,
Cuando el carruaje tomó el camino,
Gritó llorando: "¡Que no me olvides!"

Todo es lo mismo: ventana y hiedra,
Sitios umbrosos, fresco emparrado,
Gala de un muro de tosca piedra;
Y aunque es lo mismo, todo ha cambiado.

No hay en la casa seres queridos;
Entre las ramas hay otras flores;
Hay nuevas hojas y nuevos nidos,
Y nuestras almas, nuevos amores.

FRANCISCO A. DE ICAZA

Corazones blancos

Á Arturo A. Ambrogi.

Juliette era una muchacha muy conocida en el Barrio Latino. Casi todos los estudiantes le dirigían alguna broma al encontrarse con ella en el *Boul Mich*, ó cuando se juntaban en alguno de los cafés que sabía frecuentar. Pequeña y gordita, pero airosa, revelaba salud. Sus ojos no estaban siempre alegres, pues alguna nube de melancolía empeñaba de vez en cuando la luz de sus pupilas pardas. Vestía con modestia y no era obcena como la mayor parte de sus compañeras de profesión.

A veces, en medio de la alegría de alguna charla desbordante, Juliette se quedaba pensativa y sombría, clavando sus miradas en un punto fijo, como si tuviera un ataque de *ausencia;* pero de seguro que en aquellos momentos no pensaba nada malo contra nadie.

Sus paseos favoritos en verano eran los jardines de Luxemburgo en las tardes de concierto de la Banda Republicana, los malecones de Sena, donde parecía meditar como un poeta, y el Jardín de Plantas, parándose siempre frente al *Palacio de los Cisnes*, las Cisterna de los osos y recorría los invernaderos fríos y calientes. Iba siempre sola. Asistía algunas veces á las clásicas comedias del Odéon y á los *matinées* de Cluny.

En ocasiones estaba en las tertulias del *Café Vachette* y del *Café Darcourt*, y solía ponerse animada y decidora. Leía "Le Petit Journal" y "L' Echo de París." Tenía predilección por los colores desfallecientes y las flores pálidas. Era una buena muchacha. Todos sabían que era buena, la trataban con cariño y la recomendaban bien.

Una noche, viniendo por el boulevard del Palacio, se juntó con un joven español y se quedó á vivir con él.

Habitaban un apartamentito de la calle de *Monsieur le Prince*. Lo quería y lo mimaba como si fuera su marido. Mucho tiempo vivieron felices. Por fin, ella se sintió madre, y con todo el regocijo de una alma condorosa, le dijo á su compañero, una noche fría que tomaban el té, mientras la nieve estaba cayendo sobre las casas y en las calles de París:—Tendremos un hijo: lo querrás ¿no es así?

El se quedó pensativo y por su mente debió cruzarse un pensamiento sombrío. Se acostaron en buena armonía; pero al siguiente día desapareció él, sin que Juliette pudiese encontrarlo en todo un mes.

Entonces ella se puso muy triste. Forró todo de negro su modesto dormitorio y se puso á cortar muchos corazones de papel blanco de varios tamaños, y los fué pegando sobre el negro tapíz. Así que hubo concluido tan extraña tarea, cerró la puerta, encendió el fuego, se acostó en un sofá, y cerro los ojos para nunca abrirlos jamás.

Al día siguiente la dueña de la casa la encontró asfixiada en una atmósfera de carbono. Los médicos la hayaron rígida, con la piel pálida y casi cianosada: hicieron la autopsia, abrieron el corazón y vieron que tenía la sangre color de cereza.—Se ha suicidado.—dijeron.

Por la tarde los parroquianos del *Café Sufflet*, que venían enlutados del Cementerio de Montparnasse, comentaban con tristeza la muerte prematura de su desventurada amiga. Y como ninguno sabía de donde había venido, no pudieron comunicar la muerte á su familia. Después, el bullicio de París absorvió el recuerdo de aquella pobre muchacha.

¿Qué significaban los corazones de papel? Locura extraña. Pobre consuelo en el vacío del amor!

Juliette tenía el corazón blanco.

Rubén Rivera.

Vice--Cónsul

Por Acuerdo Supremo del 20 del mes recién pasado, ha sido designado para el desempeño del Vice-Consulado de la República del Salvador en París, nuestro colaborador y amigo, el brillante escritor Enrique Gómez Carrillo.

Nobramientos como este hablan muy alto del tino é ilustración del Ministro Sr. Doctor Velasco.

Para el desempeño de los consulados en el Exterior deben nombrarse personas ilustradas, antes de todo, hay que colocar en esos puestos á jóvenes que, como Gómez Carrillo, se han conquistado ya un buen nombre literario y han sabido poner muy alto el nombre de su patria: Centro-América. Hay que colocar jóvenes que se interesen por su país y no personas extrañas que solo traten de especular.

Felicitamos al Dr. Velasco y esperamos que no echará en olvido lo que pedimos, para bien de nuestra tierra y el amigo y compañero Gómez Carrillo reciba nuestros parabienes por el alto honor, que bien merecido y de justicia es.

Plaza de Toros

Desde hace algunos días se encuentra entre nosotros el conocido matador de toros José González [a] *Torerín*, que trata de dar una serie de corridas.

Nos alegramos y ojalá se ayude cuanto se pueda para llevar á cabo el propósito de *Torerín*. ¡Hasta que al fin tendremos á donde ir á divertirnos!

Imprenta Nacional